

la necesidad de sentir le llevará de continuo al seno de la humanidad, el culto de las ideas más generales y más justas, como la necesidad de expresar sus sentimientos, para volver á saborearlos nuevamente, le llevará también á la más sublime poesía. Hay ciertos hombres observadores, que semejantes al ave de Juno, tienen una retina de extraordinaria clarividencia en cada uno de sus poros. Byron podía decir que en cada uno de sus poros palpita un corazón. Sus cánticos vienen á ser la vibración de sus nervios. Sus ideas vienen á ser otras tantas sensitivas. El cuerpo humano es como un gran árbol, que después de pasar por las raíces, el tronco, las ramas, termina allá, en los confines del cielo, con esa flor esférica, la más bella de las flores que se llama por su forma cabeza, por su contenido cerebro. Pues bien: la vida de Byron termina por el corazón. Yo creo que lo llevaba en la cabeza, y que allí era el péndulo, y la aguja, y la máquina, que movía, que señalaba, que sonaba todas las ideas.

Los más altos montes tienen huellas del primer fuego en que ardía la tierra. Ved si no el granito, y, á pesar de su frialdad al tacto, os parece á la vista que aun arde por las refracciones del cuarzo, por las negras partículas semejantes al polvillo de carbón. Pues si el planeta lleva las huellas del fuego primitivo, el siglo lleva por doquier huellas de los dolores de Byron. Ha exprimido su corazón como una esponja sobre nuestra frente, y nos ha bautizado á todos con su sangre. No hay ningún hijo de este siglo, ninguno, que si examina detenidamente su sér, no encuentre allá, en el fondo oscuro de la conciencia, algunas gotas de la hiel de la duda, y allá, en el fondo destrozado del corazón, algún estremecimiento de desesperación. No hay ninguno, pues, que no lleve algún canto de Byron en la conciencia, como no había ningún hijo del siglo décimo tercio, absolutamente ninguno, que no llevara algún fragmento del *Infierno* del Dante en la vida, alguno de aquellos tizones pegado á las carnes. Nuestro dolor nace de la desproporción del ideal que llevamos en el alma con las fuerzas y el tiempo que tenemos para realizarlo. Se necesitaría una vida inmortal, como la vida de la humanidad. Se necesitaría un universo como esa escala de la vía láctea donde hay mundos de mundos, sistemas planetarios infinitos, hirviendo en una infusión de materia cósmica. Y tenemos por vida un minuto. Y vamos como insectillos rudimentarios ocultos en pobre átomo de polvo. He aquí el secreto de nuestro dolor. Y he aquí la grandeza de Byron: haber sabido quejarse. Pero concluyamos en breves palabras este período de su vida, que abraza hasta el regreso á Londres. Deseoso de conocer más espacios y más tiempo, y por consecuencia, más vida, pidió permiso para entrar en Egipto, á fin de perderse en esa inmensa necrópolis, donde se oye eternamente la voz austera de la muerte, mezclada con la riente esperanza de la inmortalidad. Pero este proyecto, que hubiera indudablemente agrandado los horizontes de la imaginación de Byron, no pudo realizarse por falta de dinero. El genio tiene atados á sus pies ó sus alas, esos fragmentos de metal que le recuerdan siempre su cuna de barro y su sepultura de polvo. En vano

Byron escribía á su administrador y á su madre pidiéndoles dinero; ni uno ni otra podían satisfacer esta necesidad. El poeta proponía la venta de Rochdale para dispendiar sus productos en esa navegación espiritual por el océano de las cenizas antiguas. La única tierra de que no quería desprenderse era Neweste, porque allí había padecido mucho. Extraño, bien extraño huésped el dolor. Lo huimos y lo amamos. Tenemos un culto por todos los calvarios donde hemos sufrido. Y al fin de la vida amamos hasta nuestra corona de espinas y las llagas que las ideas han abierto en nuestras sienes, como las llagas que el sentimiento ha abierto en nuestro corazón. Tal como iban los negocios particulares de Byron, no sólo era imposible ir á Egipto, sino difícil permanecer en Grecia. Una serie de empréstitos contraídos para alimentar las primeras locuras de su juventud había caído como una capa de polvo sobre las ruinas de sus propiedades. A estos empréstitos habían sucedido largas series de pleitos que ahondaban todavía más el abismo de su perdición. Un escribano había puesto en venta el castillo que Byron deseaba guardar como la cuna de sus pensamientos, como el nido de sus primeros amores, como el panteón de sus ilusiones. Por fin, abandonó á Grecia para volver á Inglaterra. Todo lo que traía de su expedición eran algunos pedazos de mármol, varios cráneos griegos encontrados en los antiguos sepulcros, tres criados, dos tortugas y una redoma llena con zumo de la planta que mató á Sócrates. Pero, en realidad, lo que venía de extraordinario era el poeta, engrandecido por el espectáculo de tantas ruinas, por el baño en la vida de la naturaleza, por la experiencia de sentimientos inmortales, por la aspiración infinita al mundo de las ideas eternas, por ese dolor, que es como una sed inextinguible, como un hambre insaciable, dolor del ideal, dolor de los dolores humanos, dolor que ningún sonido puede expresar, que en ninguna frase puede compendiarse, que es algo extraño, como los misterios de la muerte, como el magnetismo de la inspiración, como la electricidad del sentimiento; pero dolor sin el cual no puede haber, no habrá nunca un verdadero genio. La vida es una lucha. La gloria es el resultado de ese continuo combate del trabajo. El genio es como el fuego de un martirio lento. Se abrasan las carnes, hierve la sangre en el horno de las ideas. El corazón se retuerce en el dolor causado por la inmensa desproporción que hay entre la idea y sus pálidas manifestaciones. Toda obra de ayer parece descolorida, triste y da pena. Toda obra de mañana halaga mientras se dibuja por los espacios del alma; pero disgusta en cuanto cae sobre su lecho mortuorio de palabras. Mas el dolor que siente por todos los dolores, la aspiración que tiene á todos los bienes, la necesidad de consolar, de socorrer, de alentar, obligan al genio á producir. Y en esta necesidad de la naturaleza, llega algunas veces á producir sus obras maestras y á tocar con su frente en la inmortalidad. Entonces ya es un genio humano, ya pasa á representar uno de los símbolos del siglo en que ha nacido. ¡Y cuánto debemos agradecer su trabajo á los hombres extraordinarios que nos han hecho reposar en sus obras de arte! Ellos nos han dibujado un mundo encantado, en-

volviéndolo en el colorido de esa luz increada que se llama pensamiento. Así como al dejar el ruido, el polvo de las ciudades y encontrarnos en el seno de los bosques, al pie de las montañas, á las orillas de los ríos, decimos: «Soy hombre», al encontrarnos en comunicación estrecha con lo infinito, por medio de una obra de arte, decimos: «Soy humanidad». La belleza es la luna que baña de melancólicos resplandores las noches del alma. Las poesías son las alas que nos llevan por encima del ruido vertiginoso del mundo de la industria en que habitamos al cielo sin límites de lo ideal. ¡Benditos sean todos los poetas! ¡Bendita sea la hermosura, la inspiración, las artes, los ángeles que nos señalan como término de nuestra carrera lo infinito en Dios!

Desde su regreso á Grecia hasta su casamiento, es la edad de oro de Lord Byron. Los cantos primeros del *Childe-Harold*, tan llenos de poesía, lo encumbran súbitamente á la cima del Parnaso inglés. En pocos días llega á ser el hombre más célebre de su país y uno de los hombres más célebres de su siglo. Los que antaño le habían tan duramente criticado, lo ensalzan. La sociedad, que antes le menospreciara, lo pone á su cabeza. Las damas se disputan una sonrisa de sus labios, los editores un verso de su pluma. Los más aristocráticos salones se abren á su paso para que reciba la corte de admiradores y respire á plenos pulmones el incienso de las alabanzas. Envíanle nombramientos de honor los clubs más distinguidos. El príncipe regente lo invita á sus fiestas, y en presencia de toda la aristocracia inglesa, le aprieta las manos que sostienen aquella lira inmortal. La Cámara de los Pares, que lo recibiera como un joven oscuro, lo cuenta como una verdadera gloria. Y hasta los escritores protestantes ortodoxos, según observación de Macaulay, no llegan á ensañarse fuertemente con este joven sublime, que mina los principios cristianos por su base, á causa del esplendor de su aureola. Byron, cuyo principal atributo es la sensibilidad, bebe á grandes tragos en esta copa de oro. ¡El, disgustado siempre del mundo y de sus pasiones, cree posible vivir en aquella nube, como los dioses inmortales, oyendo un perpetuo himno en loor de su genio! La loa, el aplauso, la gloria, suenan gratísimamente al oído. Por algunos momentos cree el cándido corazón que todas aquellas muestras de entusiasmo han de ser eternas, que todas aquellas flores nunca han de marchitarse. Olvida como hay en el fondo de la sociedad, cual en el fondo de la naturaleza, el agujón del mal para impulsar la vida, espoleándola, hiriéndola. Olvida que entra más cantidad de mal, de desgracia, en aquellas almas en que entra más cantidad de genio. La naturaleza, después de haber dotado á sus hijos predilectos con algunas de esas grandes cualidades propias para alcanzar la gloria, les exige que la merezcan por su trabajo y por sus luchas. Así es que en el fondo de todo genio hay siempre un abismo. No se lleva una corona de estrellas en la frente, sin llevar otra corona de espinas en el corazón. No se penetra en ese templo de la fama para escribir un nombre inmortal, sino á costa de escribirlo con sangre de las propias venas. A veces

nace un genio; trabaja, lucha, cae, recae, muere olvidado en el camino del triunfo; y la posteridad, solamente la posteridad le conoce y le vengará de las injusticias de su tiempo. Pero ¿qué más? Hay hasta en esos juicios póstumos que se creen definitivos é implacables, grandes alternativas y grandes eclipses. Shakespeare, el poeta más querido de nuestro siglo, ha pasado durante otros siglos por un bárbaro. No hay poeta académico, de esos que peinan la frase, cabelluda, pero sin seso, hasta convertir la prosodia y la sintaxis en el arte de un peluquero; no hay ninguno que no haya condenado la poesía del gran poeta y que no lo haya creído propio sólo para divertir á las gentes vulgares con sus monstruosidades y sus horrores. Y sin embargo, Shakespeare es hoy la mayor gloria de Inglaterra. La vida es complicadísima, y por lo mismo, se halla erizada de dificultades insuperables. Y así como hay los grandes contrastes en la naturaleza, los hay en la sociedad. Junto á cada profeta que anuncia el porvenir, se levanta el magistrado con su ministerio de conservar lo presente y perseguir al profeta. Junto á cada pensador nuevo, hay una grande asociación que se declara infalible. Junto á cada reformador, hay la eterna copa de cicuta. Parece que no pueden caer las semillas del bien sobre la tierra, si no se rompe el vaso que las contiene. Cada preocupación vieja se siente mal herida por la idea nueva, y la persigue de muerte. Cada privilegio calumnia de continuo á cada derecho que le contradice. La sociedad es movimiento. Pero los que vienen á moverla, caen siempre aplastados bajo su inmensa rueda. La sociedad es renovación. Pero los que vienen á renovarla, mueren acosados por los viejos errores. No podéis aspirar á la bendición de los venideros sino teniendo la maldición de los contemporáneos. Los animales feroces no se van sino después de una peligrosísima caza. ¡Cuántos genios caen, cuántos se malogran, cuántos mueren y desaparecen como sombras en estas largas cacerías necesarias para limpiar la tierra de monstruos! La mayor parte de las gentes creen que, al arrancarle una preocupación ó un error, á cuya sombra sus padres han vivido siglos y siglos, le arrancáis su alma y su Dios. Y vosotras, almas-poetas, vosotras, que venís de regiones más limpias; vosotras, coronadas de flores, batiendo blancas alas, vestidas del éter; con un cántico inmortal en los labios y una lira melodiosa en las manos, como los primeros ángeles que asistieron inclinados sobre el caos al nacimiento del Universo, vosotras, que lleváis el ideal como una estrella sobre la frente, y que vivís embebidas y extáticas en la contemplación de un mundo de ideas que á nosotros débiles mortales, sin vista tan penetrante como la vuestra, nos parece un mundo de sombras, vosotras no podéis venir aquí sino como á un abismo; no podéis penetrar en esta esfera de las realidades, sino tronchando vuestras alas y cubriendo de espinas vuestros piés; no podéis bajar desde el fuego donde habéis sido amasadas, á la frialdad de nuestras sombras, sin que el rocío de vuestras lágrimas, en el cual se descompone la luz increada, se hiele súbito en la caída y se convierta en granizo que apedree el vaso transparente de

vuestros corazones. Indudablemente, el dolor de los dolores consiste en la desproporción que hay entre la idea de justicia, de belleza, de bien, y las realidades del mundo. El único medio de aliviar este dolor es trabajar por la modificación de la realidad, cincelar el mundo, como el escultor cincela una estatua, hasta aproximarle á la idea; y vivir y morir en la seguridad de que esta obra no se interrumpirá, sino que será continuada por otras manos. Todo poeta siente lo que, en lenguaje vulgar, se llama el mal del país, el dolor del destierro, la nostalgia del cielo. Todo gran poeta es como un ángel desterrado. Byron sentía, como nadie, este mal inmenso, infinito. Lo que en Virgilio, en Petrarca, en Bellini, en Rafael es una tristeza melancólica, dulce, igual, como las noches de luna; en Calderón, en Cervantes, en Shakespeare, en Miguel Angel, en el Dante, en Byron es un dolor intensísimo, que toca ya en la desesperación, es como el bramido del huracán sobre el oleaje del Océano, es una inmensa tempestad. Hay muchos de estos genios que se han consolado desarrollando la virtualidad infinita de su alma en sus obras. Miguel Angel se encierra largos años y llena la bóveda de la Capilla Sixtina de profetas, de sibilas, de titanes sublime. Cada una de aquellas figuras le ha costado estremecimientos horribles de dolor. Todas las ha parido su alma destrozándose. Sus actitudes dicen que no caben dentro de los estrechos límites concedidos á las obras humanas. Yo estoy seguro de que el gran dolor del artista se consolaría, se aliviaría, en medio del coro de sus hijos inmortales, de sus obras eternas. Pero Byron buscaba su consuelo en la vida real, en el mundo, en la copa misma donde fluía su dolor. Así, ninguna de las mujeres que encontró correspondió al ideal de su mente. Sólo se acercó un poco la condesa de Guiccoli. Ninguno de sus amigos le amó con aquel sentimiento de exaltación que Byron llevaba hasta el heroísmo. Ninguna de sus orgías satisfizo la fiebre de placeres ideados allá en el caos de su mente. Ninguno de sus viajes llenó la curiosidad del alma, nacida para viajar por lo infinito. Entre las olas del mar y las estrellas del cielo; al través de las riberas españolas, bruñidas por los rayos de nuestro espléndido sol; á la sombra de la Giralda y de los laureles del Alcázar de Sevilla; en la falda del Pindo y en la falda del Vesubio; entre los coros de las islas del Adriático y los coros de las islas del archipiélago; á orillas del Bósforo y sobre las ruinas de Roma; en las noches silenciosas de Atenas, cuando la luna bañaba con sus melancólicos resplandores la columna de mármol, á cuyos piés se extiende la yedra y sobre cuyo destrozado chapitel se cimbrean las palmas, al soplo de las brisas del Egeo; en todos estos grandes teatros del arte y de la historia, en todo el mundo, encontró siempre el hastío que llevaba dentro de su alma. El mar cae como una gota de hiel y la tierra como un átomo de polvo en el abismo insondable del deseo. He aquí por qué la vida humana, esa vida llena de aspiraciones á lo infinito, no es como el círculo que el niño produce en pleno estanque arrojando una piedra, sino como esa faja infinita de mundos que Dios produjo en el inmenso espacio arrojando una palabra.

La vida humana es infinita. Desde el momento en que nos convencemos de esta verdad, modelamos los hechos que están al corto alcance de nuestra mano con arreglo al pensamiento de la inteligencia, y dejamos aquellas ideas imposibles de realizar, que se esparzan como llamaradas misteriosas en la infinitud y en la eternidad de la vida futura, que se extiende hasta el seno de Dios.

Pero veamos á Byron luchar con la vida presente. Durante los primeros años del siglo estaba en Londres, hallándose vigorizado por su viaje. A los pocos días encontró en Murray un editor que ha unido su nombre al nombre del poeta. En estos momentos le sonreía todo en la vida. Mas, como si hubiera un genio del mal empeñado en contrariarle, casi todas las personas amadas de su corazón murieron por esta época. Misterios singulares, bien singulares tiene la vida. Toda cuna se levanta sobre un montón de sepulcros. Vuestra existencia se levanta sobre una serie infinita de esqueletos perdidos en las profundidades de la tierra, como las raíces de un árbol. Contar vuestra geneología es contar un montón de huesos. Y, sin embargo, hay cierta época de nuestra vida en que la inocencia es la atmósfera del alma y el mundo un paraíso. Tenéis tanto tiempo delante de vosotros, que se identifica el horizonte sensible de la existencia individual con el infinito de la eternidad. No solamente olvidáis vuestra propia muerte, sino la muerte de todas las personas que os rodean. Aunque el monstruo vive hiriendo, devorando y rumiando, eternamente suspendido sobre nuestras cabezas, como la araña sobre las moscas; creéis que es imposible morir. Pero un día, en la primavera de vuestra vida, en el Abril de la adolescencia, empezáis por ver morir una de las personas más queridas, la joven que habéis amado, la madre de cuyo seno habéis recibido el calor de la vida, el amigo con quien habéis compartido vuestras alegrías. Ese consentido de la muerte os hiere en mitad de la frente y en mitad del corazón. Lo que más admira en presencia de un cadáver es la facilidad con que mueren los seres. Lo que más extraña es la continuación de vuestra vida, después de la desaparición de aquellas vidas, sin las cuales creíais imposible respirar. Pero si no morís de pronto en esas horas supremas de las separaciones eternas, comenzáis á morir. Con el primer ataúd querido entregáis á las mordeduras de la muerte un pedazo del corazón. Después, poco á poco, veis caer seres que os son caros sobre la tierra humedecida por vuestras lágrimas; como las hojas secas sobre los lodazales del otoño. Y no solamente enterráis vuestras afecciones, vuestros amigos, vuestra madre, vuestra amada, sino que enterráis vuestras ilusiones, vuestras esperanzas. Y cuando llegáis á la muerte, llegáis como un árbol deshojado y seco, sobre el cual pone algunas veces el amor un nido como una promesa de la continuación de la vida para otras generaciones. El primer golpe, que Byron recibió, fué la muerte de su madre. Poco cuidadosa de la educación de su hijo, demasiado violenta; al fin, era madre. Hacia tiempo que la orgullosa señora presentía con resignación su muerte, pero con dolor que iba á morir sin ver á su hijo. Desgraciados de